

PROLOGO PARA "ROSAS VISTO POR SUS CONTEMPORANEOS"

NOTA ACLARATORIA

El presente estudio, que hoy ve la luz por primera vez, fue escrito para servir de prólogo al libro Rosas visto por sus contemporáneos, publicado por la editorial Guillermo Kraft, de Buenos Aires, en 1955.

El doctor José Luis Busaniche, a quien me unía una estrecha amistad, me entregó a principios de 1954 el original del mencionado prólogo para que lo leyera y le expresara mi opinión al respecto. Temía, al parecer, que ciertas apreciaciones de tono severo contenidas en el mismo —apreciaciones no muy ajustadas al cartabón de la historia oficial, como solía decir—, suscitaran equívocos, reacciones o interpretaciones maliciosas y superficiales de pretendido tinte rosista. Sin descartar la posibilidad de ese riesgo, le manifesté que sus juicios estaban expuestos con ruda franqueza, de una manera casi descarnada, no habitual entre nosotros, pero igualmente no exentos de objetividad en cuanto al fondo y de dignidad y altura en cuanto a la forma literaria. Por otra parte —agregué— esos juicios serán siempre respetados y respetables —con las inevitables disidencias— no sólo por la autoridad en la materia de quien los emite, sino, también, por hallarse muchos de ellos avalados por los hechos y el criterio coincidente de otros testimonios valiosos.

Pasó el tiempo, no hablamos más sobre el asunto por falta de oportunidad —vivía él en Buenos Aires y yo en Santa Fe— hasta que, un buen día, después de un año largo —en la segunda mitad de 1955— recibí la ofrenda del libro, no sin sorpresa: el prólogo, objeto de tantas dudas y cavilaciones para Busaniche, no fue inserto en el mismo y quedó, como pieza desglosada de la obra, en poder de su autor.

Tenía conocimiento, por haber actuado como intermedio, que, tiempo antes, un librero editor de Santa Fe no quiso tomar a su cargo la impresión del libro so pretexto —infundado, desde luego— de que era “un poco rosista”. ¿Habrá prevalecido el mismo criterio, con respecto al prólogo de marras, por parte del editor porteño, para justificar su exclusión de la obra? Lo ignoro, pues nunca más cambié ideas sobre el punto, en las pocas conversaciones subsiguientes al episodio que mantuve con el doctor Busaniche.

Así las cosas y muerto luego este último —sabedor yo de que el original debía hallarse entre los papeles de su archivo— me dirigí a su esposa, doña Susana Barrier —eximia profesora de lengua y literatura francesas— solicitándole el texto del documento y la autorización correspondiente para reproducirlo, como lo hacemos seguidamente, en la revista Universidad. Se trata, como se advertirá, de un estudio de breves dimensiones pero de indudable mérito y originalidad, pues ciertos sucesos y hombres del pasado argentino, son objeto de un enfoque novedoso y de juicios tajantes, que resultarán un tanto insólitos para los cultores ortodoxos de nuestra historiografía tradicional.

Bien se sabe que Juan Manuel de Rosas constituye el tema más apasionante y fascinante de la historia nacional. Y, sin ninguna duda —agregamos—, el único tema histórico de permanente y renovada actualidad. Lo demuestra, entre otros hechos, la nutrida bibliografía y las violentas polémicas a que ha dado origen el estudio del caudillo federal y de su gobierno. A Rosas se lo discute hoy arduosamente —recuerda Busaniche— desde dos posiciones contrapuestas: por los negadores de la libertad y de la democracia, para glorificarlo y por los defensores de esa misma libertad, para execrarlo. Pero el verdadero problema consiste, o debe consistir, en comprender a Rosas y a su dictadura, impuesta como un resultado fatal de las circunstancias históricas. Después de todo, ha dicho Abel Cháneton —autor que no puede ser sospechado de simpatía federalista— “Rosas era el orden sangriento, pero orden al fin. Hay que reconocerlo: la unidad nacional, es obra de Rosas”. Su crimen, del que la historia no lo absolverá jamás, fue la tiranía sangrienta y su falta de visión como hombre del destino para organizar el país, gloria que le arrebató Urquiza, uno de los más entusiastas servidores de la causa federal hasta la víspera de Caseros.

Precisamente, todo el esfuerzo de Busaniche está dirigido a ese propósito esencial de "comprender" al fenómeno rosista, diríamos, aplicando en la tarea de compulsión y exégesis de documentos, un método científico y un espíritu de sana crítica y valoración de los hechos. De esta manera, claro está, no rehuye su definición personal en la contienda ni disimula, tampoco, su pensamiento sobre los sucesos que examina y relata. Pero siempre de una manera rigurosamente objetiva e imparcial. Y puede hacerlo así, sin artificios de hermenéutica ni alardes vanos de retórica, porque es un historiador austero, sin ataduras y sin compromisos para con nadie. Una de sus virtudes es la independencia de juicio y otra no menos excelsa la firme probidad intelectual. Demócrata auténtico y liberal por convicción, tuvo siempre la intrépida valentía de no callar, de formar u ocultar los hechos que podían ser contrarios a sus más caros ideales y principios.

Estoy seguro —nos dijo en cierta ocasión— que este prólogo (se refería al que hoy se publica), no me lo perdonará un diario argentino, fiel al culto de su ilustre fundador, pero yo no busco el aplauso fácil sino la verdad —única y suprema divisa del historiador— aunque la expresión de la misma me acarree, a veces, pequeños sinsabores.

Esa honradez intelectual insobornable, constante, constituye uno de los rasgos distintivos de la personalidad de Busaniche y su condición intrínseca más valiosa como investigador de nuestro pasado. Fue incansable en su faena de trabajo y puso al servicio de ella una vocación ejemplar y los recursos de su claro talento y de su vastísima cultura. Dominaba, además, con singular maestría, los idiomas francés e inglés. De ambos tradujo, con maravillosa precisión y elegancia, varios libros al español.

Devoto de la lengua —cuyos secretos conocía bien— fue un escritor de raza, un estilista de prosa limpia y vigorosa. De una pulcritud exagerada, leía, releía y limaba asiduamente sus originales hasta lograr el hallazgo feliz del vocablo exacto y de la frase impecable. Esa obsesión por la forma artística sobrevive en muchas páginas de belleza definitiva.

Además, José Luis Busaniche reunía otras calidades ponderables. Fue un hombre de exquisita sensibilidad, de exigente buen gusto, de espíritu refinado, siempre atento y solícito a las inquietudes de su tiempo. Por contraposición, rehuía instintivamente y abominaba del lugar común, de la vulgaridad

dad, de la chapuceria y de ese conformismo a que son muy dados algunos para quedar bien con todos sin aventurar opinión sobre nadie. Como todos los espíritus selectos, tuvo siempre un alto sentido ético de la responsabilidad. No se prodigó nunca en arranques efusivos; antes al contrario, su sentimiento amistoso era delicado, recatado y lo dispensaba con gran economía entre pocos. Por su carácter aparentemente huraño y esquivo, no era fácil llegar hasta su intimidad ni comprenderlo de primera intención. Pero cuando se ofrendaba al trato personal lo hacía sin reticencias y enteramente, con la lealtad y nobleza de los caballeros antiguos. Yo tuve la suerte de disfrutar, a lo largo de treinta años, de su amistad férvida e invariable.

Estas líneas tienen el modesto significado de un homenaje a la memoria del amigo inolvidable y del hombre de pensamiento que, con sus libros y el ejemplo de su conducta, contribuyó positivamente al progreso de nuestra cultura.

El doctor José Luis Busaniche nació en Santa Fe el 9 de diciembre de 1892 y murió en Olivos, provincia de Buenos Aires, el 18 de mayo de 1959.

D. B.

Este libro, como su propio nombre lo indica, no tiene otra finalidad ni propósito, que ofrecer al público lector una serie de siluetas o retratos dejados por quienes tuvieron oportunidad de conocer en vida, personalmente, a don Juan Manuel de Rosas: amigos, enemigos o indiferentes. El autor o colector de la obra ha intervenido al solo y único efecto de ordenar el material y servir de guía —en cuanto ha podido— para su mejor comprensión o valoración. En libro de tal naturaleza debía considerarse superfluo detenerse a proclamar imparcialidad y objetividad, pues que tratándose de una simple exposición de lo dicho por otros, estaría fuera de lugar todo vano intento de interpretación o exégesis.

Con todo, y sin embargo, aparte de que la objetividad absoluta en historia, parece discutible, es cosa palmaria y aceptada que, en estos instantes (y por causas que no es el caso de explicar) Rosas se ha convertido en tema de alguna actua-

lidad y acaso por eso mismo en tema escabroso y resbaladizo... No sería de sorprender, entonces, que los pocos y modestos juicios encerrados en este libro (y algunos juicios habrá en él puesto que no ha sido hecho a ojos cerrados) pudieran ser discutidos y aun displeacer a unos o a otros. Hasta podría darse el caso de que parecieran poco categóricos, ya porque no disciernen a Rosas el lauro y la palma del más alto y excelso patriotismo, ya porque el autor no pide a las tempestades "su rugir violento para arrojarle eterna, tremenda maldición" . . . Y como la suspicacia y la malicia, sobre todo cuando las acompaña la mala fe, todo lo amañan y penetran, podría resultar para algunos una evasiva lo que sólo quiso ser equidad y moderación. Por eso, precisamente, habrá de permitírseme definir, si puedo, con pocas palabras, mi posición en este particular.

A Rosas se le discute hoy apasionadamente desde dos puntos de vista muy contrapuestos. Uno de ellos agrupa a los apologistas del dictador, a los negadores sistemáticos de la libertad, a los enemigos de la democracia liberal, proclives siempre a la violencia y hasta ayer adictos entusiastas a ciertas dictaduras totalitarias vencidas definitivamente en la última guerra internacional y tenidas por invencibles durante algunos años. Jamás he comulgado con credos semejantes y sigo considerando a la democracia liberal *honradamente practicada*, se entiende, el menos malo de los sistemas de gobierno, porque nos da una explicación, siquiera aproximadamente satisfactoria del fundamento del poder y de la autoridad y porque contempla la autonomía de la persona humana. Mal puede seducirme, entonces, la figura de don Juan Manuel y el vocerío de quienes le glorifican. Frente a esta tendencia *rosista*, y en abierta pugna con ella, se agrupan los que se han dicho y se dicen amantes de la Libertad, los que sienten, según propia declaración, hasta la *mística* de la Libertad, es decir los *antirrosistas* por excelencia, los de la teoría del Rosas *monstruo* y de la nefanda *noche* de la tiranía. Estos últimos, como

los primeros, no han ido a buscar tampoco los arquetipos de su ideología en el plano de la historia europea: los han hallado muy a mano en la propia historia del país, y son: Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Pellegrini, es decir los vencedores de Rosas o los legítimos y universales herederos de aquellos vencedores. Suele anexarse a esa lista otra nómina de ideólogos o teóricos, que puede empezar con Echeverría (o Rivera Indarte) y termina en José Ingenieros, secretario de Roca y panegirista de Juárez Celman. Todos ellos representan (así se ha estatuido) *la tradición liberal argentina*, el derecho, la justicia, el ideal en política, por oposición al hecho despótico: don Juan Manuel. No podrá negarse que un cierto criterio, por así decir utilitario y *oficialista* ha presidido a la elección de tales nombres, porque se deja de lado siempre a las personas modestas sacrificadas por la verdadera democracia liberal en Argentina, que fueron muchas, y a muy conocidos y simpáticos adalides de esa misma causa... Sí... Todos son políticos que han tenido éxito, políticos *reussis*. Todos han gobernado. Todos tienen estatuas. Uno de ellos, desde arriba (o desde la escalera porque nunca estuvo abajo) gobernó más de veinte años. Y ellos son los que sirven de símbolo a los nuevos *místicos* de la libertad para execrar el gobierno de hecho, la maldición, la abominación...

Y bien, ¿no será llegado el caso de preguntarse honradamente si los sobredichos gobernantes, símbolo y emblema de libertad, pusieron alguna vez en ejecución, siquiera los principios más básicos y elementales de la democracia liberal, y sobre todo, si fueron elegidos según las normas y preceptos más rudimentarios exigidos por la democracia liberal en cualquier país civilizado del mundo para poder ostentar título de legitimidad política? Y llamo la atención sobre esto último, porque la historia (no aderezada por los vencedores) parece decir que los constituyentes del 53 y aquel primer presidente *constitucional*, Urquiza, fueron elegidos por gobernadores rosistas y bien rosistas hasta el día en que llegó a ellos

la noticia de Caseros y empezaron a recibir órdenes de arriba como en tiempo de don Juan Manuel... También dice la misma historia que el general Mitre fue presidente por el triunfo de sus armas en Pavón, y porque sus jefes derribaron todas las situaciones provinciales adversas a su política...

Y si los orígenes del gobierno de Mitre pudieran excusarse, como los de Urquiza y el congreso del 53, por su raíz revolucionaria, ya no podría decirse lo mismo del gobierno que le sucedió, el de Sarmiento, porque este candidato no representó a partido alguno ni fue la expresión de la voluntad general (que no se consultó para nada), sino de algunos gobernadores en cuyas componendas, muy antidemocráticas y muy antiliberales, ninguna participación tuvo el pueblo de la República. Triste comprobación: la Constitución del 53 empezó por proclamar en su artículo 1º *el régimen representativo*, como base de todo lo demás, pero ese *régimen representativo*, sin leyes electorales honradas que asegurasen su efectividad, no podría existir, como no existió, y con ello la Constitución resultaría cosa postiza y de bambalinas, subordinada, con todo su aparato jurídico, a la engañifa electoral. El capital extranjero, *beneficiario principal* de la nueva situación, acudió solícito al llamado, y un efusivo y jubiloso consorcio no tardó en producirse: los gobiernos allanarían todo el capital; el capital daría garantía segura de estabilidad a los gobiernos; *do ut des*, un hallazgo... Si el llamado *pueblo*, sobre todo el de la campaña, estorbaba, el remedio era simple: a la frontera o a cualquier parte, en la milicia. Quien dio el primer impulso, fiero, audaz, inescrupuloso, fue Sarmiento. El *Martín Fierro* se escribió con la mira puesta en aquel presidente y en aquel gobierno. Y aunque tal gobierno dejó mucho que desear, en su aspecto diplomático, político y económico, Sarmiento se dio un sucesor y fue su ministro Nicolás Avellaneda. Para ello se hizo menester eliminar políticamente al general Mitre, candidato opositor. Y Sarmiento con sus gobernadores maniobra-

ron de tal guisa que llegó a la presidencia el candidato oficial. Mitre dijo en un manifiesto solemne:

“El derecho de sufragio, fuente de toda razón y de todo poder en las democracias, quedó suprimido de hecho. La renovación de los poderes públicos se fío, no ya a la acción tranquila del voto de las mayorías, sino al registro falso, al fraude electoral, a la fuerza de los gobiernos electores complotados y a la eficacia de los medios oficiales puestos al servicio de esta *iniquidad erigida en sistema permanente de gobierno*”...

Y se lanzó con su partido a la revolución. Ni qué decir que fue vencido. Los oficialismos provinciales extremaron entonces el terror. Recrudesció el asesinato político. Hubo provincia (¹) en que se cortaban las cabezas de los vencidos como en tiempo de Rosas. Eso sí... se imponía como texto de lectura en las escuelas ¡la constitución nacional!...

¡Cabal emblema para toda una época...! Un decapitado y el texto de las garantías constitucionales... Entretanto, el capital aflúa gozoso de ultramar: gozoso y generoso; colonias, bancos, ferrocarriles. Lo demás... cosa de bobos. ¿Formar una ciudadanía?... Eso para los líricos...

El coronel Julio A. Roca, vencedor de las fuerzas mitristas en Santa Rosa (Mendoza), ascendido a general apenas conocida la victoria, preparó, diligente, su candidatura para la próxima renovación presidencial... Seis años por delante... Pero tenía dos triunfos en la mano: Santa Rosa y Ñaembé, este último ofrendado a Sarmiento antes de Santa Rosa, como remate de la rebelión de Entre Ríos. Sarmiento tuvo veleidades de recuperar el timón en las postrimerías del gobierno de Avellaneda, y denunció, con remilgos de pudibundez política y actitudes teatrales en la Cámara, una liga de gobernadores preparada por Roca (se sabe con qué fines; ¡Traigo los puños llenos de verdades!...); pero lo hicieron a un lado, como

(¹) Santa Fe.

trasto viejo, recordándole sus maniobras y sucios escamoteos de seis años atrás.

En 1880 fue vencida otra revolución y de rechazo, federalizada la ciudad de Buenos Aires. Esto último contra la voluntad de la misma provincia y contra los preceptos constitucionales. Roca fue presidente. ¿Elecciones?...

El fraude, *esa iniquidad erigida en sistema de gobierno* —según palabras de Mitre— se impuso una vez más. Algunos provincianos de buena fe y de espíritu candoroso creyeron haber conquistado a Buenos Aires para las provincias. Ingenuidad... Las provincias que osaron venir por lana, salieron, a corto plazo, no sólo trasquiladas sino engullidas para siempre, y a la mentira del régimen representativo se siguió la mentira del régimen federal. Una constitución ejecutivista de suyo, manejada por un poder ejecutivo dueño ahora del nuevo distrito federal convertido en poderosa palanca económica y política; un poder ejecutivo que negaba por añadidura y sin ambages el derecho electoral, tenía que dar en seguida el fruto precoz que se ambicionaba: vale decir un poder monstruoso al servicio del insaciable capitalismo, confundido a sabiendas ahora con la civilización. En seis años, el capitalismo materialista ya lo había invadido todo con patente menoscabo de los valores espirituales que dieran unidad y cohesión a la sociedad argentina desde sus orígenes. El patriotismo consistía en dar impulso al carro pomposo del llamado progreso. En nada más...

Pasados seis años, Roca se dio el sucesor: su concuñado, el doctor Miguel Juárez Celman, de Córdoba. ¿Elecciones?... Habían comenzado en tragedia y bajo la sonrisa de Roca iban dando en comedia con alguna que otra nota de terror... Los provincianos, eran dueños de la capital, otrora tan abominada, y a fe que la transformaban en algo tan monstruoso como el poder del mismo presidente. La "gran aldea" convertíase en gigantesca factoría. La inmigración aumentaba en proporciones fantásticas que nadie hubiera imaginado. Al po-

co tiempo, aflúan a Buenos Aires todos los aventureros del agio internacional y del comercio ilícito. Sobrevino la llamada "crisis del 90". José Manuel Estrada, hombre probo, la definió en estos términos, no por altisonantes menos exactos y justicieros:

"La República Argentina en su tormentosa existencia, ha pasado por muchas horas duras y sombrías. Ciegos arrebatamientos de las muchedumbres la han desorientado, y despotismos sanguinarios han clavado la garra en sus entrañas. Espíritus torvos, arrastrados por insano apetito de prepotencia, la han dilacerado y hecho girones su bandera; y hubo día en que no quedara un palmo de su suelo sin sureos de sangre, ni una madre que no gimiera, pero, ni tampoco un brazo inerte, ni un espíritu indeciso, ni un corazón afeminado. Por el bien o por el mal, convencidos o fanatizados, los hombres, delirantes de entusiasmo, o de furor, luchaban, desalentados a veces, pero varoniles, y de esa actividad indomable y tumultuosa vivía a República, capaz de moderarse y corregirse. Mas no veo en la época afrentosa a que llegamos, ni en los que usurpan el derecho una ambición de poder que los haga dignos de cotejo con Quiroga, ni en los desposeídos del derecho energía para resistir que los haga dignos del hombre y de la gloria de sus padres. Veo bandas rapaces, roídas de codicia, la más vil de todas las pasiones, enseñorearse del país, dilapidar sus finanzas, pervertir su administración, chupar su sustancia, pavonearse insolentemente en las más cínicas ostentaciones del fausto, comprarlo y venderlo todo, hasta comprarse y venderse unos a otros a la luz del día... Bendita la adversidad que desacredita oligarquías corrompidas y corruptoras y disipa los sueños enervantes de los pueblos...".

Y el general Mitre dijo a su vez:

"Falseado el registro cívico y cerrados por el fraude los comicios electorales, lo que da por resultado la complotación de los poderes oficiales contra la soberanía popular, el pueblo, divorciado de su gobierno, está excluido de la vida pública".

Consecuencia de todo aquello, fue una nueva revolución: la del 90. Una nueva revolución vencida... Y el vencedor fue

Roca... Dueño de la situación, aprovechó el momento para desplazar a su conueñado, sobre quien echó todas las culpas... (Lo hizo renunciar) y brindó el sillón presidencial a Carlos Pellegrini, vicepresidente "gran muñeca" política, convertido ahora en prohombre y en regenerador... El vice de Juárez Celman llevábase las manos a la cabeza... Asombrábase de los desmanes del renunciante, su compañero de fórmula...

En 1892 hubo que elegir nuevo presidente. Pellegrini y Roca declararon, así porque sí, el estado de sitio, pusieron presos a los jefes opositores y de la prestidigitación electoral salió presidente don Luis Sáenz Peña, esta vez —duele decirlo— con el concurso de Mitre, fundador de aquel viejo partido liberal en que el país había puesto tantas esperanzas... Ahora, en su vejez, el general, tan superior en todo a Roca, había hecho sin embargo acuerdo con él. Había que dar lugar a la evolución... , dijo. El famoso acuerdo... Algunas revoluciones más fueron vencidas en las provincias (1893) y advino el reino de la paz. El período de Sáenz Peña lo terminó José Evaristo Uriburu por renuncia del titular. Y ¿quién podía suceder a Uriburu?... ¿Quién más que Roca?... El sistema estaba ya perfeccionado. El pueblo no votaba. Ya no votaría ni haría revoluciones. ¡Paz y progreso! Llegábase al ápice de la civilización. En tiempos de barbarie la soberanía del país se había defendido con las armas en la mano. Ahora no. Se había descubierto el arbitraje. Un conflicto de límites con un país vecino, se puso en manos de Inglaterra. Indalecio Gómez hizo notar que era precisamente la nación que nos dominaba económicamente, dueña de todos los transportes y que, por añadidura, usurpaba el suelo nacional con la ocupación de las Malvinas... No la sacamos tan mal porque pudimos perderlo todo y aun ser ocupados, como Egipto, por incumplimiento en el pago de los empréstitos... Y no fue así, pero prestamistas extraños concurrían casi a diario al banco oficial para efectuar ciertas verificaciones lesivas al honor de la Nación. Y era

ministro un historiador argentino de cuyos ultrajes y diatribas, pocos hombres del pasado argentino se habían librado.

Roca terminó su período en plena paz. Había llevado a tal extremo la *esterilización ciudadana*, que no existía ya ni partido oficial con base suficiente para proclamar candidato a la presidencia. Y así, para darse sucesor en 1904, no encontró nada mejor que reunir una *Convención de Notables* de la que salió la fórmula Quintana-Figueroa Alcorta. Quintana era un abogado eminente, anciano de linda presencia que gastaba levitas cortadas por el mejor sastre de Londres y que en una ocasión se presentó al Ministro de Relaciones Exteriores acompañado del Ministro de Inglaterra para imponerle determinada solución en un pleito que afectaba a súbditos ingleses. La democracia argentina parecía de cuerpo presente... Con todo, estalló otra revolución militar (1905) vinculada a un partido opositor muy popular y que vivía en la abstención electoral. Aquel jurisconsulto, Quintana, hombre lleno de distinción personal, así que tuvo noticia del movimiento, dijo a un alto funcionario que estaba junto a él: —Hable usted por teléfono con el ministro de Guerra y dígame en mi nombre que a cualquier jefe u oficial del ejército que tome sublevado, con las armas en la mano, lo fusile inmediatamente bajo mi responsabilidad...

Así lo cuenta Carlos Rodríguez Larreta, ministro de Quintana, en su libro "Las cumbres de la historia". No se cumplió la orden del presidente. La revolución fue vencida en poco tiempo y los jefes sublevados dieron con sus cuerpos en Ushuaía, cargados de grillos como en tiempo de don Juan Manuel. Al año siguiente tratóse una ley de amnistía en el Congreso. Pellegrini, ya muy enfermo y mal avenido con Roca, enfrentado a su conciencia, dijo en la Cámara de Diputados: —*¿Y quién nos perdonará a nosotros?*

Así se llegó al centenario de Mayo: 1910; sin una ciudadanía que en sesenta años ningún presidente se había preocupado por fundar; con una Constitución que sonaba a hue-

co por donde se la tocara; con abundante literatura de derecho público amoldada a las falsas instituciones, con muchos ideólogos “liberales” todos oficialistas, y hasta un partido “avanzado” muy bien hallado con el sistema (¿qué le importaba al marxismo de la ciudadanía?) Minorías, plantas parásitas de otra minoría. . .

Hasta que un presidente, surgido del fraude, como todos los otros, pero que había visto desde lejos el espectáculo desconsolador —era diplomático— y sentido cierto pudor patriótico, dijo que aquello no debía seguir y que el remedio estaba en una ley electoral simplemente honrada. Y la ley se discutió —se discutió mucho— y fue aprobada. El país tendría régimen representativo: (Art. 1º de la Constitución), sesenta años después de sancionada la Constitución. Esta vez tocó a un ex gobernador del tiempo de Juárez Celman y ex ministro de Roca decir palabras que todo argentino curioso de la historia y de la política de su país debiera conocer porque son palabras de una gran autoridad en derecho público, de un sabio profesor:

“El horror al comicio —dijo el doctor Joaquín V. González en las sesiones del 1º y 2 de febrero de 1912 en el Senado de la Nación— ha nacido en nuestro país del horror a la sangre, a la violencia y al atropello brutal. . . Es preferible ser cruel, ser sinceros con nosotros mismos y despojarnos de ese falso argumento del ‘qué dirán afuera’. . . Nosotros somos un organismo político roído por el fraude y la mentira. . . Este país, según mis convicciones, después de un estudio prolijo de nuestra historia, *no ha votado nunca*. . . Han sido, pues, en gran medida (los nuestros) *Gobiernos de hecho*”.

Y recordó palabras del mismo Pellegrini, del Pellegrini arrepentido, del que había dicho: *¿Y quién nos perdonará a nosotros?*. . . Y las palabras de Pellegrini citadas por Joaquín V. González fueron —entre otras— estas:

“Yo creo que la causa original, fundamental de todos los vicios políticos que han llegado hasta suprimir el régimen

electoral en la República Argentina está en el fraude o en la simulación electoral... Nadie parece interesarse por la causa pública... ¿Por qué?... Porque todos tienen el íntimo convencimiento de que cualquier sacrificio, cualquier esfuerzo es inútil, porque el fraude va a dominar en todo"...

¿Imaginamos a un Story, a un Cooley o a un cualquier tratadista de derecho público norteamericano, diciéndonos: Todas estas instituciones democráticas y liberales que comento, entendiéndolo, suenan a falso porque en mi país *no se ha votado nunca?*... No, por cierto...

Y aquel hombre de estudio, Joaquín V. González ⁽²⁾ no podía imaginar, tampoco, que las prácticas de gobierno, motivo de tan amargas reflexiones para él, iban a ser restauradas en su país antes de veinte años después de aquel su discurso (aunque temporariamente porque los restauradores tendrían su merecido) y que de esa restauración habrían de salir dos interpretaciones opuestas y enconadas del pasado argentino que son hoy las únicas (no veo otras) que disputan en el terreno de la investigación o de la exégesis: una, la totalitaria, la de don Juan Manuel, monda y lironda... La otra, la de la *tradición liberal* que ya conocemos, la que arremete contra la dictadura de Rosas con pujos democráticos incomprensibles, dados sus antecedentes, y tan irreconciliable, que no admite la más leve aproximación a ese período histórico sin la contraseña del odio y la credencial de un supuesto tribunal de la historia... De un tribunal de la historia que acogió con plácemes y celebró ruidosamente la estatua de Roca, el gobernante que los teóricos europeos de la violencia emparejan con Rosas:

“El general Julio A. Roca —dice Jacques Bainville (de la Academia Francesa) en su libro *Les Dictateurs* (1935) después de ofrecer un bosquejo muy favorable de Rosas— fue durante treinta años el árbitro de la política nacional. Puso en práctica la ley boliviarana, a punto de que se daba el su-

(2) Y también político del llamado régimen. Fue gobernador en tiempos de Juárez Celman.

cesor, e hizo triunfar siempre al candidato oficial: lo que los argentinos llamaron sucesiones presidenciales. Por esta razón, aun cuando Roca no se hallara en el poder, (lo mismo que Núñez en Colombia) era considerado el jefe verdadero del país, *un dictador secreto*...

Entre esas dos tendencias extremas, ¿no habrá muchos puntos de vista para quienes repudiando la dictadura como sistema de gobierno, tampoco se sientan solidarios de la famosa "tradicción", porque no aceptan buenamente, comulgar con ruedas de molino?... ¿No es llegado el caso de preguntarse si un hombre de 1954, o si un joven preocupado por la verdad (la relativa verdad de la historia) inspirado en la justicia, y como tal reñido con el fraude, por vil y miserable, tiene o no derecho a investigar los hechos de cinco lustros de la historia argentina y a juzgar sus valores con independencia y libre de ajenos enconos? ¿No se ha dicho acertadamente que *la adopción del odio ajeno es la marca extrema del servilismo*?...

Muchos son, por desdicha, quienes lo adoptan para colocarse en posiciones que, por cualquier respecto, pueda favorecerles...

Y de seguir estos enconos en el terreno del pasado, hemos de justificar, por lo que toca a nuestras contiendas históricas, el dicho de un gran escritor europeo, para quien "cada uno de los historiadores de la Revolución Francesa blandía en su mano una cabeza cortada, de la cual se servía para amenazar a todos los demás".

Excúseme ahora el lector si lo he detenido en el umbral de este libro a fin de poner en claro una posición y refrescar la memoria, si no la de otros, por lo menos la mía, facilitando, quizás, también a muchas personas de buena fe, la respuesta más o menos oportuna para quienes salgan al paso exigiendo salvoconducto de odio como condición previa para leer estas páginas que sobre Juan Manuel de Rosas dejaron sus contemporáneos.

JOSE LUIS BUSANICHE

